

generales, de los que deduce lo que quiere persuadir, de modo que, siendo incontestables los principios, preciso es que también lo sean las consecuencias que deduce. Hace constar en primer término que en el día del juicio debemos dar cuenta á Jesucristo de todas nuestras obras, y hace una vivísima pintura de este juicio. Observa que en la discusión que se hará de las obras de cada uno de los hombres, no se olvidará la ley de la caridad : que si nuestro prójimo ha tenido la desgracia de perderse por nuestra causa, esta pérdida ocasionará la nuestra. Distingue despues muchos grados de crueldad é inhumanidad. El primero, cuando no se ayuda á levantar la bestia de nuestro enemigo, ó una vez extraviada, no se la pone en camino, como ordena Dios en la ley dada á los judíos ¹. El segundo, cuando se rehusa este bién al mismo enemigo, lo que es un mal mucho más grave ². El tercero, cuando se rehusa este beneficio á algún pariente, aunque no se conozca. El cuarto, cuando se rehusa no sólomente al cuerpo, sino al alma del prójimo. El quinto, cuando se rehusa á los amigos. El sexto, cuando se rehusa á los propios hijos. El séptimo, cuando se descuida la educación de estos, confiándola á otras personas. El octavo, cuando se aleja á los que se prestan á este servicio, y el noveno, cuando á estos se les persigue y maltrata. De modo que, si según la ley, los que son culpables del primero, segundo y tercer pecado, han de ser castigados muy severamente, ¿ qué suplicio no merecerán los culpables del octavo, noveno y otros no ménos considerables ? Si eran culpables en la ley de Moisés, ¿ cuanto más no lo serán en la de Jesucristo, en que son más abundantes las luces y las gracias ?

Demuestra despues cuán severo será el juicio de Dios con los padres que descuidan la salvación de sus hijos,

¹ Exod. xxiii, 4.

² Deut. xxiii, 3.

para lo cual se vale del ejemplo del sacerdote Helí, que fué castigado tan severamente, por más que por otra parte tuviese muchos méritos y hubiese gobernado muy bién á su pueblo. Otro tanto acaecerá á los padres que imitan su ejemplo. A esto deben atribuirse las desgracias que les sobrevienen, pues unos son castigados con muertes repentinas, otros pierden á sus hijos con muertes trágicas, y aunque así no suceda, porque no todos los crímenes los castiga Dios en esta vida, queda reservado para la otra el castigo, que será mucho más terrible.

« Dios ordena expresamente, dice, que los padres instruyan á sus hijos. En la ley de Moisés se manda que les enseñen por que se ha establecido tal á cual fiesta, tal ó cual ceremonia. Al mismo tiempo manda á los hijos que escuchen á sus padres con docilidad, que los respeten y les guarden las consideraciones que exige el reconocimiento, y establece penas para los que quebrantan esta ley. »

« San Pablo demuestra en sus Epístolas la misma obligación ; de modo que nadie puede alegar excusa : porque si fuésemos naturalmente viciosos, se podría pretextar que, siendo el mal necesario, era imposible curarlo. Pero si por nuestra propia elección somos buenos ó malos, ¿ qué pretexto podrá aducir un padre de que se pervierta un hijo á quien ama tiernamente ? ¿ Se dirá que no quiere su bién ? Imposible es imaginarlo siquiera. ¿ Se dirá que no puede ? Tampoco ; porque es muy difícil que no sea bueno un hijo á quien se tiene constantemente á la vista, y á quien á todas horas se dan buenas instrucciones y ejemplos. »

« Si, pues, se pervierten los hijos, no acusemos de ello más que á los padres que no les inspiran de ordinario más que el amor de las cosas presentes, separando sus corazones de las de la otra vida. Sólomente les hablan de riquezas y de gloria, y ¿ qué sucede ? Lejos de darles la educación de buenos padres, son más bién sus parricidas ; pues

si bién no matan el cuerpo, pero dan muerte el alma de sus hijos, y no es ménos cruel el corromper con malas lecciones el corazón de estos, que el herirles con un puñal á darles mortífero veneno. »

« Si esto es cierto, se me dirá, somos culpables del más negro de los crímenes todos los que habitamos en las ciudades y tenemos hijos. No digo, responde san Juan Crisóstomo, no digo que todos lo sean ; pero sostengo que lo son la mayor parte, y los padres buenos son tan pocos y tan confundidos con la multitud, que apénas se les percibe. »

Hace de nuevo el Santo la enumeración de los desórdenes que reinaban en Antioquia, cuyo detalle es horrible, y añade que apénas hacen sensación los más grandes excesos : que no sólamente se muestra el crimen descaradamente, sino que con frecuencia se le aplaude, se le justifica, y se colora con el título de virtud, y que, por último, ha llegado el mal á tanto colmo, que no es respetado el pudor, y los pocos buenos cristianos que quedan se admiran de que el fuego del cielo, que consumó las ciudades de Sodoma y Gomorra, no caiga de nuevo para reducir á cenizas la ciudad de Antioquia.

En contraposición á estos crímenes expone san Juan Crisóstomo la vida enteramente celestial que llevan los solitarios en sus montañas, cual una nueva Jerusalem habitada por ángeles, en contraposición á la prostituta Babilonia. « ¿ Veis, dice, algo semejante en los solitarios ? Antes por el contrario, se hallan en su desierto, como en un puerto tranquilo y seguro, desde el cual ven las tempestades que se agitan en el mundo. Su conversación enteramente celestial, y la vida que llevan es más propia de ángeles que de hombres. Todos se consideran iguales : así es que no hay entre ellos quienes se enorgullezcan de su propiedad, ni quienes giman bajo el peso de la adversi-

dad. Todos experimentan el mismo gozo, la misma paz, la misma tranquilidad. En los monasterios ninguno reprocha á otro su pobreza, ni ninguno se gloria de sus riquezas. *El mio y el tuyo*, origen fatal de tantos males y de tantas turbulencias, son enteramente desconocidos. Todo lo tienen en común, la mesa, la casa, el vestido, y lo que aún es más admirable, todos tienen un mismo espíritu, unos mismos sentimientos, la misma nobleza, la misma servidumbre, la misma libertad, las mismas y verdaderas riquezas, la misma única y verdadera gloria : porque estas cosas no deben consistir en los nombres arbitrarios que les dá el mundo, sino en la verdad y realidad. Todos tienen los mismos placeres, los mismos deseos, la misma voluntad, la misma esperanza. Todo se dispone entre ellos por una misma regla, que lo dirige todo con orden, con conveniencia, con discreción y con armonía perfecta, lo cual les hace vivir en el más maravilloso contentamiento. Todos participan de los mismos trabajos y de los mismos placeres. Se vé entre ellos lo que no se encuentra en ninguna otra parte, quiero decir, un desprecio general de las cosas de la tierra, lo cual aleja todo motivo de división y disputa, y todos tienen el mismo amor por las cosas del cielo. Si sobreviene algún motivo de gozo ó de desgracia, todos se regocijan ó afligen : de modo que hasta las penas son dulcificadas, porque se hallan repartidas entre muchos, y unos á otros se ayudan á sobrellevarlas. »

Dígame despues de esto, si no concluirían en el mundo todas las disensiones, si se observase una vida tan santa. Si no concluyen es por que se cometen multitud de crímenes opuestos á estas virtudes. Si alguno, viendo una lira bién templada, dijese que no podia formar armonía ni servir en un cuerpo de música, ó que una que tuviese las cuerdas rotas era muy buena, se diria de él que hablaba por envidia y que pensaba

ridículamente. ¿ No debe decirse otro tanto de los que dicen que la vida del mundo es preferible á la de los santos solitarios ? »

Combate despues san Juan Crisóstomo los pretextos, de que se valen algunos padres para retirar á sus hijos de la vida monástica, y los reduce á tres principales. El primero es que los padres quieren que sus hijos concluyan el curso de sus estudios, para dejarlos despues en libertad de seguir su vocación. El segundo es que los solitarios están mas expuestos á caer en el pecado que los gentes del siglo, por lo mismo que se han ligado con mayor número de obligaciones. El tercero es que seria conveniente conocer el mundo ántes de abandonarlo, y por lo tanto, que no deberian admitirse á la profesión religiosa sino personas de avanzada edad.

Al primer pretexto responde el Santo, que no es seguro que vivan los jóvenes hasta concluir sus estudios, pues que muchos mueren ántes: que si pudiese asegurarse que un jóven habria de hacer grandes progresos lo mismo en las letras que en la verdadera sabiduría y en la pureza de costumbres, léjos de aconsejarle que dejase el mundo para retirarse al desierto, le separaría de este, y le llevaria á la ciudad para no privarla de un ciudadano tan útil. Pero sucede todo lo contrario: pues es muy deplorable que se limiten las escuelas á cultivar la inteligencia de los jóvenes, sin cuidarse de regular sus costumbres, y así es que durante sus estudios se pervierten de ordinario. No pretende que se supriman las escuelas públicas; pero desea que al mismo tiempo que se instruye á los jóvenes en las letras humanas, no se les den lecciones contrarias á la piedad, ni se les haga pecadores con el pretexto de hacerlos sabios: pues, como hace notar muy oportunamente, si la elocuencia se halla en un mismo individuo juntamente con la depravación de

costumbres, preferible es la más crasa ignorancia, que produce males menores. Por otra parte, es muy difícil que, en medio de la disolución de costumbres se hagan grandes progresos en las ciencias; miéntras que es muy fácil progresar en la virtud sin necesidad de la ciencia. Los que prefieren ser santos ántes que sabios, tienen que trabajar ménos, porque no tienen más que un objeto, la adquisición de las virtudes; miéntras que los que se dedican á las ciencias tienen dos objetos, el de las ciencias y el de las virtudes; y si les falta éste último, no les servirá la ciencia sino para su perdición; al paso que los otros pueden llegar á la perfección de la virtud sin necesidad de la ciencia.

« Pero sin entrar aquí, continúa, en tantas discusiones, yo pregunto á un padre que desea que su hijo haga progresos en la elocuencia, cual de los dos partidos es mejor, si éste que propone á su hijo, ó el que éste escoge retirándose al desierto para consagrarse enteramente á la práctica de la virtud. Decida sobre esta elección, y hable con sinceridad. ¿ cual es mejor, más seguro y mas ventajoso á su hijo? Si su designio es mejor que el de éste, deberá indudablemente impedir que abrace el estado religioso; pero si el de su hijo es mejor que el suyo, no podrá oponerse á él sin irrogarle gravísimos perjuicios. »

« Vengamos al segundo pretexto. Decis que si vuestro hijo profesa la vida de solitario, sus pecados serán más graves en la presencia de Dios á quién se ha consagrado, que si los hubiese cometido en el mundo. Esta manera de racionar ha engañado á muchos, y es enteramente absurda. Y efectivamente, el matrimonio es lo que distingue á las gentes del mundo de los solitarios; pero unos y otros tienen en su respectivo estado obligación de cumplir la ley de Dios y evitar el pecado. Si no se permite á los solitarios encolerizarse contra el prójimo, ni codiciar los

bienes ajenos, ni jurar en vano, ni cometer otros crímenes, tampoco se permite á los que viven en el mundo. Jesucristo no ha dicho, no jureis, por que sois monjes; sino que á todos sin distinción alguna ha hecho la misma prohibición. Por último, no sólomente ha ordenado á los monjes el vivir bien, sino á todos los cristianos. Pero es preciso observar que los seculares caen con más frecuencia y mas gravemente que los monjes, y que estos encuentran en su estado ventajas de que aquellos carecen. Así es que el alma encuentra más dificultades en el mundo que en el estado monástico, y puede santificarse con más facilidad en éste que en el siglo. »

« En fin, nada hay tan necio como decir que, para hacerse monje, seria conveniente esperar á que llegase la edad madura, en que ya no hay pasiones que combatir. ¡ Ay! ¡ cuán frívolo es este pretexto! Se pretende que en una edad en que las pasiones se dejan sentir en toda su vehemencia, y en que es necesario, por consiguiente, prevenirse contra ellas, nos expongamos á todo cuanto puede excitarlas en el mundo y arrastrarnos con ellas, cuando entónces es precisamente cuando deben combatirse con más insistencia y con medios más eficaces, que fácilmente se encuentran en el estado religioso. Esto seria como si, cuando se acerca el enemigo, aconsejásemos á alguno que no se defendiese, ó se expusiese á sus golpes, con la esperanza de curarse despues que haya sido derrotado y herido. El combate contra las pasiones debe empezar desde la juventud, pues apénas tenemos diez años, y ya somos dignos de castigo si pecamos, como aparece claramente de los niños, que se atrevieron á burlarse del profeta Eliseo, y que fueron devorados por los osos. Es preciso, por lo tanto, que desde esta edad nos pongamos en guardia contra ellas, puesto que en la juventud es cuando nos atacan con más violencia. Entónces es

cuando debemos ponemos en defensa para no ser vencidos. Si entonces me aconsejaseis que, en lugar de combatir las, me entregase á ellas, ó las dejase en libertad, es como si me mandaseis que me dejase vencer. ¿ Podemos, por otra parte, detener ó suspender á nuestro albedrío el poder que tiene el demonio para tentarnos? ¿ Qué hay tan necio como exponer á un jóven á la furia de un enemigo tan poderoso? ¿ No es esto hacer que sucumba miserablemente? Cuanto uno es más jóven y sin experiencia, tantas más precauciones debe tomar. ¿ En donde encontrará medios más seguros y eficaces? ¿ En el mundo ó en el monasterio? Luego es más conveniente que abraza la vida religiosa en la juventud más bién que en la vejez: pues en este segundo caso tendria que llorar el gran número de pecados de que se hizo culpable en el mundo; miéntras que, entrando jóven en la religión, tiene menos faltas que expiar, y en vez de llorar sus defectos, tendrá el consuelo de trabajar desde la más tierna edad, de acrecentar sus merecimientos, de acumular victorias sobre victorias, y de adornar su cabeza con innumerables coronas.

PARALELO ENTRE UN REY Y UN MONJE, POR SAN JUAN CRISOSTOMO

Despues de demostrar ampliamente san Juan Crisóstomo, como hemos visto en el capítulo precedente, la sinrazón con que impiden los padres que sus hijos abracen el estado monástico, y queriendo convencerles al mismo tiempo de que no le movia ninguna preocupación á exhortarles á que